

ALFREDO TENNYSON

Inglaterra celebra hoy el primer centenario del gran poeta que, después de Shakespeare, es el más genuino representante de la poesía inglesa en todos aquellos asuntos que interesan á la humanidad entera, porque él reprodujo en versos magníficos ora las antiguas epopeyas, cuyos ecos resuenan siempre agradablemente en los oídos de todas las generaciones; ora las hazañas de los caballeros de la Edad Media; ya las gratas escenas del hogar doméstico, los tiernos idilios rústicos y las emociones palpitantes de la vida contemporánea.

Era un poeta de raza, pues tanto su padre como sus hermanos componían versos; pero á todos aventajó en breve el que, andando el tiempo, había de ser el orgullo no sólo de su familia sino de su nación y del siglo que lo vio nacer.

El desvío con que el público acogió sus primeras poesías, en vez de abatirlo tuvo para él la ventaja inapreciable de obligarlo á perfeccionar su estro, de suerte que cuando al cabo de diez años volvió el poeta á presentarse á la palestra, su poesía, que se había retemplado en el recogimiento y en la meditación, como el vino guardado adquiere mayor concentración y un sabor más exquisito, brotó de nuevo vigorosa y refulgente, conquistando de una vez y para siempre el aplauso unánime de sus contemporáneos.

Lo que más distingue á TENNYSON es su profundo amor á la Naturaleza. El poseía un sentido especial para escuchar y un lenguaje exclusivo suyo para describir el suave murmullo del arroyo, que se desliza mansamente por entre guijas; el canto dulcísimo de las aves al despuntar la aurora, las mil voces ignotas del viento al través de los espesos matorrales, el caer de una fruta en una noche de estío ó el ronco estruendo del mar al estrellar contra la costa su blanca sábana de espumas.

Y no menor fue su entusiasmo por la mujer. Sus pinturas femeninas son dulces y delicadas como un ensueño. Para él—como para el héroe de sus poemas medioevales—la mujer es, después de Dios, el ideal de la vida, el encanto de este valle de lágrimas, el premio mejor á que se puede aspirar en recompensa de los más heroicos sacrificios. Esas imágenes que el poeta pinta, mezcla indefinible de mujeres y de hadas, serias unas, sonrientes otras, aquéllas traviesas, éstas pensativas, se ven flotar en el aire envueltas en una atmósfera luminosa, como si fueran no ya personas de nuestra misma naturaleza, sino seres de más encumbrada esfera, que por permisión divina hubieran venido á alegrar nuestras horas de amargura.

En un alma tan delicada como la de TENNYSON, la amistad, lejos de ser flor de un día, tenía que ser y fue en efecto un verdadero culto. Ligado desde muy joven con Arturo Hallam por amistad estrechísima, al morir éste en la flor de la edad y cuando sus amigos y su familia fincaban en él sus risueñas esperanzas, TENNYSON le dedicó una serie de poesías, tituladas *In memoriam*. Aun cuando consagradas especialmente á llorar á su amigo, la figura de éste no aparece en todas ellas de relieve. Lo que el poeta procuró más bien fue reanudar el lazo que la muerte había roto, con las áureas cadenas del arte, para deducir de ahí que los que han partido para un mundo mejor han dejado en éste afectos inextinguibles, y que la muerte, lejos de acabar con ellos para siempre, los hace más estrechos, estableciéndose entre el huésped del cielo y el de la tierra una más íntima comunicación, ya que entre ambos no se interpone ni una sombra de afecto sensible.

Dora es un relato conmovedor y sencillo. La bondad y la dulzura de dos mujeres logran triunfar de la terca enemistad entre un padre y su hijo por medio de las gracias de un niño. Ambas han estado enamoradas de un mismo hombre, pero sólo una de ellas logró la dicha de ser su esposa; y cuando aquél muere ésta vuelve á casarse, en tanto

que la otra permanece soltera, probando de ese modo que el suyo era el verdadero amor, pues ni la muerte misma pudo arrancarlo de su corazón.

En *La Princesa*, TENNYSON trata con mucho arte y elegancia del tan debatido asunto de la emancipación de la mujer y de su igualdad con el hombre. Hay en todo el poema escenas bellísimas y delicadas al lado de otras graciosas y burlescas, para venir á parar en que la bella Ida, la reina de esa corte de amazonas, se enamora perdidamente del príncipe que vino á conquistar su corazón y á quien ella había desdeñado con altivez, al verlo ensangrentado y moribundo.

Un primer amor, dichoso al principio, pero desgraciado luégo por la inconstancia de la mujer amada, es el asunto de *Locksley-Hall*. Los versos en que el poeta describe la primera escena de amor conmueven hondamente por la manera tierna y apasionada á la vez con que está referida:

“Su mejilla era pálida y más delgada de lo que á su edad convenía. Sus ojos estaban pendientes de todos mis movimientos con una atención muda.

“Yo le dije: ‘Prima Amy, habla y dime la verdad, confíate á mí, prima. Toda la corriente de mi sér se dirige hacia ti.’

“A su mejilla y frente pálidas asomaron un color y una luz, bien así como brota de repente en la noche del Norte un rubor sonrosado.

“Se volvió con el seno agitado por súbita tempestad de suspiros. Toda su alma alborecía en la profundidad de sus ojos pardos.

“Me dijo: ‘He ocultado mis sentimientos, temiendo que me perjudicaran. ¿Me amas, primo?’ y añadió llorando: ‘Yo te amo hace mucho tiempo.’

“El amor tomó el reloj de arena y lo volvió con sus manos resplandecientes. Cada momento, á impulso de leve sacudida, se deslizó en arenas de oro.”

En *Maud* la pasión es más impetuosa y ardiente. El protagonista, después de haber matado en un duelo al hermano de su novia, se ve obligado á huír y cae en un abismo de profunda desesperación; pero cuando estalla la guerra de Crimea, él se enrola en el ejército inglés que va á sitiar á Sebastopol, y las emociones y los azares de la guerra lo curan de su abatimiento, y lo hacen gustar de nuevo las dulzuras de la vida.

Pero donde TENNYSON luce las más excelsas galas de su fantasía es en sus poemas sobre *El Rey Arturo* y *Los Caballeros de la Tabla Redonda*: allí brillan las más puras virtudes al lado de los vicios más abominables. Junto á un rey, dechado de perfección y de valor, se encuentra su esposa impura y fermentada; al lado de la dulce Eliana, “el lirio de Astolat,” enamorada, y casta como un ángel, Lanzarote, el amado de su alma, pérfido y falaz como un malvado. Al cabo de una serie de aventuras increíbles viene la batalla postrera, al terminar la cual sólo quedan vivos Arturo, herido, y Bedivere, su fiel Caballero. Una barca transporta al rey moribundo al país del misterio y del descanso, quedando extinguida con él para siempre la época gloriosa de la antigua caballería.

A pesar de lo refinado y culto de su poesía, TENNYSON no desdeñó tratar las costumbres y paisajes rústicos. Uno de sus mejores poemas es *Enoc Arden*, en donde figura un pobre marino, casado y con hijos, quien al ver que su trabajo no le produce lo suficiente para sustentar á su familia, resuelve emprender un largo viaje, y naufraga en una isla desierta. Pasan varios años, y su esposa, creyéndolo muerto, se casa segunda vez. Cuando aquél logra escapar de su destierro, vuelve á su hogar, se acerca calladamente, y al ver que otro ocupa su lugar y que su esposa y sus hijos ya no son suyos, se retira á una choza y allí muere sin tener el consuelo de abrazar siquiera por última vez á las prendas más queridas de su alma.

TENNYSON cultivó también en sus últimos años la poesía dramática, pero á pesar de los rasgos felices que adornan sus obras teatrales, éstas no obtuvieron la misma aceptación que sus poemas.

Su patria lo colmó de honores altísimos. La Reina Victoria lo nombró poeta laureado y par de Inglaterra; aunque el poeta, que vivía alejado del mundo en su magnífica residencia de la isla de Whight, jamás asistía á la Cámara de los Lores.

Hermoso de cuerpo y de alma, esa belleza tenía que reflejarse en sus versos. Todos los que conocen á fondo el idioma inglés convienen en que las poesías de TENNYSON son á manera de una sinfonía en donde se escuchan todos los rumores de la Naturaleza, combinados y escogidos con el arte más perfecto; y que de todos sus poemas se desprende un aroma purísimo de moralidad y de cristianismo, que deja en el ánimo del lector un encanto indecible.

Por eso el mundo civilizado se asocia hoy con júbilo á la celebración del centenario del poeta, ya que en él se trata de festejar, no el predominio brutal de la fuerza, sino el triunfo pacífico del Arte, en una de sus más bellas manifestaciones, la Poesía, y en uno de sus más egregios representantes, ALFREDO TENNYSON.

JORGE GOMEZ RESTREPO

Bogotá, Agosto 6 de 1969.

DIAS QUE FUERON

(De *La Princesa de Tennyson*)

Suelen algunas lágrimas ociosas,
Cifras cuyo sentido yo no sé,
Subir del corazón á las pupilas
Cual de un abismo celestial de hiel,
Al contemplar el apacible otoño,